

FRANCISCO NIEVA

CUENTOS COMPLETOS
PRÓLOGO DE PEDRO VÍLLORA



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección CLÁSICOS, 15

© Herederos de Francisco Nieva
© Del prólogo, Pedro Vllora, 2026
© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026
Todos los derechos reservados.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la
Comunidad de Madrid

**Comunidad
de Madrid**

Primera edición: noviembre, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Luis Porras Vila
Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego
Ilustración de cubierta de Francisco Nieva

ISBN: 979-13-87624-60-6
Thema: FBC
Depósito legal: M-26898-2026

Impreso en España
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO DE PEDRO VÍLLORA

<i>Francisco Nieva y sus bellas bagatelas</i>	11
---	----

CUENTOS DE JUVENTUD

<i>Dragón</i>	29
<i>El dueño de un almacén</i>	36
<i>La Cabeza de Santa Catalina</i>	41
<i>La Pascua Negra</i>	60
<i>Apuntes de feria</i>	86
<i>El burdel más bello del mundo</i>	99
<i>Historia septentrional</i>	111

ARGUMENTARIO CLÁSICO

Nota del autor	125
<i>La casita en el salón</i>	127
<i>Vida de mármol</i>	130
<i>El obstinado seguidor</i>	134
<i>La disminución de una mujer</i>	143
<i>Masques et bergamasques</i>	149
<i>El negro milagro</i>	156
<i>Dos mujeres acatarradas</i>	160
<i>Társilo Díaz</i>	167
<i>Echar una mano</i>	172
<i>David Roque y la momia de York</i>	175
<i>Los Rabudos</i>	181
<i>La misteriosa necesidad de verde</i>	185

<i>Cómo pasan por la miseria los ricos</i>	187
<i>Los muertos y los trenes</i>	192
<i>La vida es Mozart</i>	201
<i>Buenos consejos</i>	204
<i>Morir de espanto</i>	205
<i>El amor de Quinita Cabezas</i>	206
<i>La tragedia feroz</i>	220
<i>Un carácter de La Bruyère</i>	228
<i>Un café súper</i>	234
<i>Las voces del éxito</i>	237
<i>El rey de la muerte</i>	243
<i>Entrada y salida del inexistente</i>	252
<i>Christoffer</i>	260
<i>Sindo Galindo, príncipe del Renacimiento</i>	270
<i>Una película muy aburrida</i>	284
<i>La casa enconada</i>	302
<i>Akim y los siete poemas capitales</i>	310
<i>Las tres viejas venecianas</i>	315
<i>La Fulanova</i>	322
<i>La timidez</i>	326
<i>Los tristes</i>	329
<i>Pobre mariposa atolondrada</i>	333
<i>Felices tiempos de hibernación</i>	335
<i>La uña larga</i>	339
<i>Llorar toda una vida</i>	340
<i>Una venganza horrible</i>	344
<i>Tom Morris, el americano maldito</i>	346
<i>Dejarse la piel</i>	349
<i>Un misterio más</i>	352
<i>En la ciudad penitenciaria</i>	357
<i>El miedo</i>	361
<i>La torpe insidia de Gastón, el muerto</i>	363

<i>El suicidio aplazado</i>	369
<i>La dama pintada</i>	372
<i>No es tan bueno tener un gato</i>	376
<i>Diálogos de la televisión</i>	380
<i>El retrato de Edgar Allan Poe</i>	382
<i>La novia del Giorgione</i>	386
<i>Antipático</i>	389
<i>Milena sobre un asno gris</i>	392
<i>Tres puertas cerradas</i>	394
<i>Ruidos en la noche</i>	398
<i>Al fondo del jardín</i>	404
<i>El nieto durmiente</i>	408
<i>El final de Clavijo</i>	414
<i>El burgo indegradable Germánicus C</i>	422
<i>Miseria y esplendor de los esnobs:</i> <i>dos casos reseñables y ejemplares</i>	433
TRES PALOMAS NEGRAS	
<i>Nota del autor</i>	449
<i>Paloma 1.^a. El hijo malo del boticario</i>	451
<i>Paloma 2.^a. Los mismos (un cuento gótico)</i>	482
<i>Paloma 3.^a. La vida es novelesca, ¿no?</i>	546

Prólogo

Francisco Nieva y sus bellas bagatelas

Lo femenino y juvenil, incluso infantil que yo pueda tener, lo manifiesto en relatos que realmente me sirven de personal diversión y carecen de intención trascendente y, quizá, lo que más me gustaría sería que pasaran por el folletón de periódico o la serie de televisión, que sería su verdadero medio expresivo. Si, a pesar de ellos, saliera buena literatura, tanto mejor.

FRANCISCO NIEVA, *El reino de nadie*

Querido lector:

Le ruego que olvide por un tiempo algo que seguramente sabe: que Francisco Nieva es el mejor autor teatral español surgido en el último tercio del siglo xx; que solo él tiene una obra comparable por su calidad literaria e importancia histórica a la ambición dramática de Valle-Inclán y Lorca; al paradójico humor trágico de Arniches, Jardiel y Mihura; al compromiso ético de Buero Vallejo y a la heterodoxia de Arrabal. Nadie como él ha enaltecido tan claramente lo popular con su mirada respetuosa ni ha señalado con tanta precisión el carácter grotesco de la petulancia impostora. Todo esto, que es verdad, debería dejarlo de lado. Sobre todo, intente no pensar en términos teatrales. El teatro carece de lugar aquí. Esto último es falso, por supuesto, pero, si lo logra, el escritor y usted saldrán beneficiados: usted, porque podrá disfrutar de unos cuentos extraordinarios sin tener que compararlos a cada rato con las piezas teatrales que dieron a Nieva un lugar preeminente en nuestro imaginario cultural; el autor, porque puede que al fin consiga ser reconocido como un maestro de la escritura (de todo tipo de escritura) y del arte de contar, sin que

se siga jerarquizando entre sus géneros y viendo cómo se trata a sus cuentos como meros esbozos de obras mayores, retales más o menos autobiográficos, bocetos sin terminar.

Casi nadie ha leído estos relatos hasta ahora con el cuidado y atención que merecen las creaciones de un artista de su calibre. Digo *casi* porque las excepciones existen y son valiosas, pero el resultado es que siguen viéndose como una curiosidad, un capricho más o menos romántico si es que no una mera excentricidad. Incluso sus dos recopilaciones de artículos, *En tela de juicio* (1988) y *El reino de nadie* (1996), han sido mejor atendidas. Esto no es extraño porque Nieva fue uno de los mejores articulistas de la prensa española a lo largo de más de tres décadas gracias, entre otras cosas, a su capacidad para trascender la inmediatez, esa aburrida y moribunda sumisión a la actualidad, y abrir en los diarios un hueco a un tiempo más allá del tiempo en el que una experiencia personal, acaso un recuerdo de infancia o juventud, instalaba al lector en medio de caserones manchegos, palacios venecianos y mansiones parisinas donde los príncipes de la cultura y las ancianas desconocidas revelaban misterios que iluminaban las miserias del presente. En sus artículos, la cultura no se desbordaba en erudición, sino en aprendizaje: un punto de partida sobre el que construir una vivencia y no un logro del que presumir.

El magisterio de esa prosa ensayística, necesariamente intensa en tanto que la brevedad de la página impresa exigía precisión y contención, fue reconocido, premiado y admirado, y pudo ser entendido como el preámbulo de esa obra mayor, *Las cosas como fueron* (2002), memorias en las que consiguió ordenar y expandir unos recuerdos que pudieran ser leídos como la más apasionante de las novelas. Esto era lo que se esperaba de un intelectual y artista de semejante calibre: la reflexión final sobre el sentido de una vida y una obra teatral, artística, inigualables.

El sistema cultural parecía satisfecho con esto. Al sistema le fascinan las etiquetas y los encasillamientos. En los años setenta, Nieva podía ser una gran escenógrafo que a veces escribía. En los años ochenta, era un gran dramaturgo que también había hecho escenografías. En los noventa, Nieva se había convertido

en un clásico vivo, al que se le podían dar todo tipo de premios y homenajes por una suerte de títulos mayores a los que ya no había por qué sumar ninguno más. Era como si el grueso de la obra de Nieva estuviese ya hecha para entonces, sin darse cuenta de que lo mejor, acaso, estaba a punto de llegar.

Tengo la impresión de que el sistema no supo qué hacer con el Nieva novelista que apareció de golpe y repetidamente, y menos aún con el cuentista que se asomó con mucha mayor timidez. La experiencia con la primera novela, *El viaje a Pantaéllica* (1994), es lo que me hace pedir al lector que olvide por un instante al dramaturgo. Es una petición insensata por mi parte, porque el mundo entero de Nieva se nutre de unas mismas constantes y obsesiones que unas veces se concretan en formas plásticas y otras en literarias, pero no es menos cierto que podía ser tanto más vanguardista cuanto más conocimiento tenía de los clásicos; es decir, que podía trascender y transgredir los géneros precisamente porque sabía muy bien lo que correspondía a cada uno. Hacía novela (y cuento) por el placer de hacerla y para ser degustada y valorada en tanto que novela (y cuento), sin necesidad de comparar con su teatro. En *El viaje a Pantaéllica* hay personajes (Cambicio es el más evidente) y tramas que fueron desarrolladas escénicamente, pero no le ayudó que se leyese como complemento del teatro y no como la variación de la novela bizantina y el compendio de narratividad que en realidad es. Al insistirse en que era un texto que había acompañado a su autor a lo largo de treinta años, daba la falsa idea de haber sido escrito a ratos sueltos y por acumulación, sin advertir lo complejo y preciso de su estructura en expansión. Hoy tenemos el tiempo y la distancia para valorar al narrador que nacía con Pantaéllica, pero entonces existía el prejuicio acerca de lo costoso de leer teatro (hay tantos supuestos buenos lectores, y hasta filólogos y catedráticos, que jamás leen teatro más allá de un puñado de textos previsibles...). «¿Por qué vamos a leer la novela enorme de un dramaturgo, que encima se vincula con su propio teatro? Mejor vemos las obras, si acaso, y ya está», se dirían los muchos lectores cultos que habrían encontrado aquí un mundo deliciosamente decadente. Y

eso que hubo sabios que nos pusieron sobre la pista de su magnitud cultural. El primero, claro está, fue Pere Gimferrer, quien nos dijo en su prólogo a la edición, al tiempo que recordaba a Voltaire, Potocki, Cervantes, Proust y Jarry, que esta era «una elegante, audaz e inteligentísima construcción literaria autónoma», y que esta suerte de «novela de aprendizaje» marcaba el cierre de un ciclo teatral por el autor «quien se adentra derechamente —volviendo, en realidad, a su impulso inicial— por los vericuetos de la narrativa, con tanta posibilidad de entusiasmo y maravilla como la de quien emprende un viaje a Pantaélica». Gimferrer sabía que Nieva no era un novelista de fines de semana ni un aventurero casual en búsqueda de fortuna, sino un narrador auténtico decidido a afrontar los misterios literarios «casi con tanto susto, éxtasis y enigma como los misterios de Eleusis». Como dijo Fernando Lázaro Carreter en *ABC*, se trataba «del mismo Nieva del teatro, que ahora usa omnímodamente de los amplios poderes que concede la novela para expandirse en libertad».

En *El viaje a Pantaélica* se reconocen las obsesiones del autor: el desplazamiento a un lugar desconocido y fantástico que en realidad es un viaje interior y simbólico, la sátira de la civilización (y Jonathan Swift no está lejos); el erotismo, sea morboso o vivificador; el gusto por lo grotesco y deforme, y la convicción del que el lenguaje es una fuerza creadora llena de posibilidades. Pantaélica es una sociedad utópica y caótica, extravagante, excesiva, contradictoria, marcada por el placer, la sensualidad y la imaginación; y la transformación de Cambicio es precisamente el cuestionamiento de la moral burguesa, del deseo clasificado y cosificado, y la apuesta por lo marginal, lo diferente y lo rupturista. Hay, por así decirlo, una fascinación por lo monstruoso, que a veces es más aceptable que lo supuestamente normal.

Que un raro como Nieva publicase una novela rara casi a los setenta años podía ser una rareza casi normal. Pero lo insólito es que a los pocos meses apareciese una segunda, *Granada de las mil noches* (1994), y hasta una tercera inmediatamente después: *La llama vestida de negro* (1995). Esto desconcertó bastante en su momento, pero también sirvió para crear una pequeña

comunidad de fieles que gracias al Nieva novelista aprendimos a leer al Nieva dramaturgo (al que desgraciadamente no habíamos visto lo bastante en los escenarios), y no al revés. Como si de repente llegase a la narrativa de los noventa una mezcla de Poe, Washington Irving y Marcel Schwob, pero con un toque español próximo a Cunqueiro, Perucho y el consabido Valle-Inclán (por no hablar de románticos y barrocos), aquellas eran unas novelas modernísimas de puro antiguas que daban la razón a la premonición de Gimferrer: el dramaturgo no había muerto, pero había nacido el novelista.

En su crítica a *Granada de las mil noches* en las páginas de *ABC*, se preguntaba Rafael Conte: «¿Habrá sido el dramaturgo Francisco Nieva un narrador clandestino durante casi toda su carrera hasta hoy?». Y se respondía: «Evidentemente, sí». Pero dejaba de serlo con esta fantasía casi incestuosa de un muchacho respecto de su abuelo al que encuentra en el pasado de una ciudad cuya descripción y atmósfera romántica y andalusí es la protagonista de un viaje en el tiempo propio de las fantasías decimonónicas de H. G. Wells o Enrique Gaspar. Hay algo mítico y legendario, pero también reflexivo y metafísico, en este acercamiento a una Granada vista por Doré y caracterizada por lo híbrido, lo mestizo y, desde luego, lo laberíntico. Una Granada que no tiene una, sino mil historias donde nada ni nadie es lo que parece sin dejar de serlo a la misma vez. Ese creador de imágenes visuales desconcertantes y poliédricas que es el Nieva dibujante tiene aquí su correlato perfecto en el descriptor e instigador de ensoñaciones, fascinaciones y escenarios.

En cuanto a *La llama vestida de negro*, escribió Juan Ángel Juristo en *El Mundo* que «sumergirse en la novelística de Francisco Nieva supone enfrentarse a un mundo donde el lenguaje, no la estructura narrativa, se enseñorea del texto. Experimentar con los límites expresivos de este corresponde en sus novelas a la turbación que se experimenta con sus montajes escénicos». Y en la misma página del diario aseguraba Fernando Valls que «lo que sorprende, en una tradición literaria como la nuestra, es la fecunda imaginación de Nieva, que se muestra en la creación de

sus peculiares personajes (algunos, como Coronada, ya tiene una importante presencia en su teatro), de situaciones sorprendentes y en ese rico lenguaje, plagado de neologismos, pero impregnado de clasicismo, que convierte la lectura de su obra en una experiencia tan placentera como insólita». Ambos, pues, incidieron en lo extraño tanto de la narrativa como del teatro; es decir, en lo extraño del mundo de Nieva donde lo vanguardista, lo diferente, lo turbador, se acompañaba (si es que no se potenciaba) por lo clásico. La imaginación podía ser tanto más desbordante cuanto más se nutría de referentes y lecturas del ayer traídas a un tiempo donde la rapidez y la incultura nos impedía apreciar con naturalidad el permanente asombro de vivir. Y de nuevo, como siempre, había que recordar al dramaturgo, comparar al narrador con él. Es comprensible porque aquí vuelve a usar como protagonista a Cambicio y porque, además, en su nota de autor que precede al texto, Nieva recuerda cómo «el juego del pastiche o reciclamiento irónico de viejos moldes literarios, lo practicaron mucho mis viejos compañeros los postistas y estas páginas son como un divertido homenaje a ellos». Y añade: «En rigor, no son propiamente novelas lo que yo he querido hacer cada vez que me he puesto a la obra, sino libros caldero, donde mezclar muchas instancias que sirvan de vario entretenimiento. Pero, eso sí, unidas por una intriga que nos sirva bien de cicero-ne a lo largo de su transcurso».

Hay algo humilde en llamar calderos a estas tres novelas, porque es obvio que son mucho más que este utensilio imprescindible en cualquier cocina tradicional. ¿Qué se mezcla aquí? De entrada, una estructura más sencilla que en sus narraciones anteriores, o al menos más lineal, pero con una atmósfera gótica potenciada por múltiples recursos narrativos: primera persona, tercera, diarios, cartas, secretos, apariciones, humor, erotismo, ironía, opresión... Mucha sensualidad y no menos remordimiento, represión y fetichismo; religiosidad, sexualidad e hipocresía. Y abundante imaginería de velas en la niebla y la oscuridad, con la certeza del peligro que rodea a la belleza. Aunque el personaje

sea el mismo de Pantaélica, lo que allí tenía de viaje a un mundo nuevo y extraordinario por descubrir aquí lo tiene de revelación de la parte siniestra de ese mismo mundo.

A propósito de su cuarta novela, *Oceánida* (1996), que se sale un poco de la hermandad estilística que vincula a las tres anteriores, Nieva confesó a Rosana Torres en una entrevista de *El País* que en esta estaba muy presente él mismo: «Está la parte del desencanto que se tiene durante los años postreros de la vida, una reflexión un poco melancólica en torno a las ambiciones de los jóvenes. Es una novela moralista a pesar suyo, aunque tiene mucho de transgresión, literaria y vivencial». En la nota que precede a este prodigio que nace de la literatura decimonónica, victoriana y aventurera de Wells, Verne y Wilde (una «falsa novela inglesa» a lo Gómez de la Serna), explicita que los personajes (y nosotros) se enfrentan «con una hipérbole de la brevedad de la juventud y la tediosa extensión de la vejez. La fugacidad de todos los sueños, cuando se cumplen. Todo lo maravilloso que les ocurre por creerse personajes de novela se va a terminar en un soplo. Apenas va a ser realidad. ¿A qué consecuencia se ha llegado? La extrema valoración en que se tiene a la juventud, a la belleza, a la osadía y a todas las pasiones que puedan embargar a los jóvenes es... novela, literatura, sueño que arrastra desde sus orígenes la humanidad como una bandera visionaria, justificadora de su apego a la vida». Para Miguel García Posada, «es esta una manifestación bien definida de la posmodernidad literaria empeñada en el rescate de la *imitatio* y en el diálogo con la tradición».

Si en alguna novela lo monstruoso puede ser una liberación, es en esta: las ninfas acuáticas, los monstruos marinos, los seres híbridos, los dioses del océano, lo anfibio, frente al orden victoriano, hipócrita, burgués y castrador. Hay toda una construcción mitológica mezclada con la lógica realista y la búsqueda escapista de inmensidad propia del dandismo que explican por qué el vampirismo hizo furor en su época y volvió a fascinar en los años noventa. Es una novela muy de su tiempo: el fin de siglo, el último esplendor.

FRANCISCO
NIEVA
CUENTOS COMPLETOS

CUENTOS DE JUVENTUD

Dragón

A tu edad, así como a la mía, en que la fatiga comienza a relajarnos, lo que necesitas es avenirte a un medio práctico de vida y dejarte de tontas vanidades. Haz como yo, enciértrate en tu casa y adopta un dragón.

Ya ves, yo, en mi tiempo, fui lo que se dice un dandi; ahora no se ven levitas como las que me cortaba Zebadías, mi sastre. ¡Vaya levitas! Ceñidas, suavemente rígidas como un lirio. Pero, en fin, llegado el momento considera que, estando arruinado y asqueado de una sociedad, siempre la misma, malvada y superficial, me convenía retirarme a casa, y adopté una de esas bestias tan prácticas. Conservé, no obstante, algunos amigos, aquellos que iban convirtiéndose a este género de misantropía.

Desengáñate, viejo amigo, esto es lo mejor. Al principio creí que la melancolía terminaría por abatirme vergonzosamente, y que la satisfacción no era ya manjar para mi boca. Cada vez que, llegada la tarde, escuchaba las campanas de la catedral, con sus tonos de mesticia y agonía, imposible me era impedir que unas lágrimas me rociasen el rostro. Aquellos martillazos sonoros me arrancaban de mi sillón y me llevaban a la ventana, para despedir la poca luz aún disuelta en el cielo como la última que mis ojos habrían de ver. Y doblemente triste me retiraba, después de haber visto el postrer vuelo negro de los pájaros, que trazaban augurios en todo lo alto. A mi lado se removía la bestia, un caliente volumen de sombra, soplando su olor fétido y dando esas coces opacas, de grandísimo conejo; toda consagrada a mi bienestar y, sin embargo, tan insoportable. ¡Tonto de mí!, digo ahora que no me hallo de puro contento. ¡Tonto de mí!, vuelvo a decir, ahora que mi vientre se pliega con pesadez y sé reír desdentado y lamerme los bigotes como supo hacerlo mi bisabuelo.

Mi consejo es —perdona mi insistencia— que acondiciones tu casa y adoptes tu correspondiente animal. Claro está, una vez decidido no puedes volverte atrás; piénsalo bien, agudiza tu juicio antes de tomar una determinación; el Ayuntamiento, con su malhumorado y rechoncho alcalde al frente, te obliga a sostener tu palabra y dar cobijo al animal entre tus paredes.

Los beneficios como los inconvenientes son numerosos; tu dicha depende de si sabes acomodarte. Puede parecer bueno el olor, cuando el estómago se queja de desocupación, pero, una vez satisfecho, reniega de tan persistente tufo a coles y cebollas, pues esa es la particularidad de sus flatulencias y lo que «hace recordar la triste meta del hospicio»; tú ya me entiendes. Otras personas no están de acuerdo en identificarlo así, pero, al fin y al cabo, se trata de un perfume casero y poco elegante.

Tampoco te niego que, en general, la propiedad y explotación de un dragón no sea cosa bastante embarazosa, mas por otra parte tu vejez se verá asegurada en calor, alimento, servidumbre y una porción de cosas más. No sería desacertado llamarles nodrizas de la ancianidad. Naturalmente, tu libertad habrá de sentirse de algún modo mediatizada por ocupaciones y molestias inherentes a la situación, no hay completa felicidad. El batir de cadenas y goznes es bien molesto; cuando el animal no está dormido, se encuentra inquieto, sobre todo en los primeros tiempos, y aun dormido puede tener ruidosas pesadillas. Para calmarlo ya te daré algunos consejos prácticos.

Las desventajas te irán pareciendo menores conforme vayas habituándote; los beneficios son de todas formas enormes. ¿Que quieres agua caliente para efectuar plazeramente tu aseo de todos los días? Pues no tienes sino que llenar una cacerola de barro con tapadera e introducirla bajo el rabo, en su más enfebrecida abertura, que es como un horno, y al cabo de un tiempo, no muy largo, el agua se halla más que templada. Los berridos que da al sentir en su cuerpo ese objeto extraño, la ferocidad de sus resoplidos y aquel sacudir de cadenas son, ciertamente, de lo más molestos; pero, como ya te he dicho, la costumbre de oírlo templará tus

nervios y llegarás a desentenderte y a emplear tu sensibilidad en otras cuestiones. El caso es que, por el momento, has podido servirte de la inapreciable comodidad del agua caliente.

La carne no solo es buena, sino para ciertos paladares, entre ellos el mío, mejor que la que se sirve en los más ponderados restaurantes y en la mesa del rey. Al cortarla debes tener cuidado con las coces, si las amarras que has instalado no son de gran seguridad. A veces, un fallo puede costar la vida o, en casos menos graves, una mutilación. No cortes demasiado insistentemente en la misma zona, sino varía de flanco, aunque cambie la calidad de la carne y te sea menos agradable la de un sitio que la de otro.

Esta carne, la cual, en realidad, no es más que la piel en constante reproducción, se compone de una parte externa, cortezosa, formada de unos corpúsculos aplastados, reseco y poco seguros, que se desprenden bastante fácilmente, ensuciando la estancia. Pueden comerse, si se quiere, los más limpios y profundos, que provienen de la capa básica generadora y tienen granulaciones tiernamente colorantes. La segunda capa es sustanciosísima, amarilla, elástica y con gran proporción de grasa.

¡Considera semejante ventaja! De este modo no te faltará nutritivo alimento jamás y, en cambio, el aire de que el bicho se mantiene es el pienso y forraje más barato que se puede dar; su almacén, la dispendiosa naturaleza.

Debes, por otra parte, cuidar de tener a la mano papel de toxina para quemar, del que para estos casos se vende por ahí, en los mercados, en las posadas, o bien por los mismos gitanos trashumantes, acostumbrados a tratar con estos bichos, a vivir de ellos y canjearlos.

El papel de toxina sirve para hacerle dormir y que te deje en paz, si su inquietud te enerva demasiado, o si acaso piensas recibir una visita. Quémalo delante de sus narices, antes de haber limpiado estas de este círculo de sustancia calcárea, formado entre sus fosas. También se le puede dar a beber su propia orina, la cual, dicho por el albéitar, es muy rica en toxinas y adormideras para hacerlo callar. Pero el depósito instalado por el herrero, junto

con el sistema de argollas y cadenas, está casi siempre vacío por las escasas necesidades evacuatorias de la pobre bestia.

A veces se da el caso de que, martirizada por un mal sueño, brame y se debata entre un ruido de ferralla; entonces, deberás examinar la estrecha cabeza y encontrarás en alguna parte, sobre el cráneo, un perceptible chichón, que es la pesadilla en ese punto localizada. Efectúa en ella un poco de masaje y verás cómo al poco tiempo vuelve a la calma y su respiración toma un buen compás.

En fin, tarde o temprano habrá de establecerse entre vosotros un entendimiento cordial. Después de algún tiempo de vivir a expensas de aquel cuerpo generoso, acabarás por sentirte agradecido, tal como a mí me sucede; y eso que soy de aquellos que más rendimiento le sacan y más al extremo llevan los derechos de su propiedad. Siempre encuentro el medio de aprovechar —así como los gitanos, esas gentes astutas y llenas de recursos— hasta los, en apariencia, más inservibles desperdicios. Esos pequeños cuernecitos insertos en la carne, que son como un equivalente de los pelos, me sirven para hacer dedales, que luego vendo partiendo ganancias con un buhonero.

¿Qué quieres? Inmerso como estoy en este género de vida, lejos de las brillantes horas de mi juventud, de los elegante bailes de antifaz, de las entrevistas galantes en un valle privado, amueblado y alfombrado, de todo aquel mundo que fue gozosa improvisación y hoy se reseca en las páginas de los historiadores, como te digo, convertido en un viejo con perentorias necesidades prácticas, no me importa aparecer ante los vecinos como un ser de costumbres sórdidas y egoístas.

A pesar de la explotación a que someto a mi animal —y la enumeración de mis arbitrios sería larga—, mi entendimiento cordial con él va cada vez en aumento. Cuando me ve aparecer, su cuello serpentino se levanta y llena la habitación con sus dibujos ondulantes. A veces, somete su pequeña cabeza a mis pies, soplando su agradable calor sobre mis botas. No gusta lo más mínimo de la soledad y, cuando pasa algún tiempo sin verme,

se esfuerza en lanzar ese gorgorito algo silbante, que raras veces produce para denotar sus más intensas emociones.

Por eso, ya que la pobre bestia no tiene más regalo y compensación que la compañía del hombre —a pesar del esquilmo de que es víctima— y en vista de que mis comunes visitantes son viejos amigos desganaos, los cuales hace mucho tiempo renegaron de la etiqueta, las tardes frías de invierno nos reunimos en la habitación-establo para calentarnos a gusto a su alrededor, a pesar del olor a coles y cebollas, tan condenado por la gente fina; siendo estos, no obstante, nuestros momentos más eufóricos y descansados. Tú también llegarás a tomarle gusto a estas costumbres. Por lo que a nuestro grupo concierne, el denso calor de la bestia nos hace lanzar mil chistes y reír con todo el cuerpo; nos sentimos abrigados y confortados. Mi vieja amiga Coronada —la cual, después de cumplidos los cincuenta, decidió abandonar toda presunción y dejarse crecer la nariz sin impedimentos y a su entero placer— no cesa de contarnos las más graciosas historias, mostrando sus dientes almenados y guiñando los ojos. Bajo aquel calor, a veces sofocante, su abanico pasa de mano en mano, como si viviéramos en el trópico feliz.

A veces nos permitimos consumir unas gotas de alcohol y nuestra alegría sube de punto. Excitado por el escándalo, el animal da bandazos y golpea el suelo con las patas; su larguísimo cuello se levanta, dibujando diferentes teorías armoniosas y rítmicas como una danza.

Los vecinos dicen con tierna conmiseración: «¡Cómo se divierten los viejos!». Ellos encuentran desgraciado y triste que un viejo se sirva de una de estas enormes y malolientes nodrizas, pero, en el fondo, ya quisieran sentirse tan descuidados y alegres como nosotros. Fuera, la noche se espesa, deseando ser cómplice en la intriga del mundo, mientras allá, en el fondo de un establo, un corro oloroso de viejos se ríe de todo, elevando las cejas, protegidos por su nodriza tendida y roncante de placer. El chiste salta fácil de la lengua y se cascan las más desaforadas risotadas, esas que rasgan el pulmón y se liquidan en toses y esputos.

«Pobres viejos, con su bragueta vana y sus faldas acordeonadas, allí están tan chanceros, untándose los unos a los otros el sebo de la muerte», dirán los despechados, temerosos en el fondo del extraño y alegre tribunal que formamos entre todos, mis buenos amigos y yo.

Cuando la catedral ordena con sus campanadas que hemos, prudentemente, de suspender el jolgorio y marcharnos a reponer fuerzas, todos acordamos el día de nuestro próximo encuentro y, entre dichos y retozos temblones, nos damos la mano y hacemos nuestro gesto malicioso de entendimiento, sin olvidar algunas patadas en los costados de la bestia, que las toma por muy deferentes caricias.

Ven un día a visitarnos y ello te iniciará en tu nueva vida, que te despojará de orgullosos prejuicios y te reconciliará con las circunstancias. Da la espalda a tus pasiones y asume con buen talante la edad del tránsito; encuadérnate todo de negro y súmate a nosotros sin asco.

Aprende a ser práctico, toma ejemplo de mí. Al principio te sentirás molesto por el desorden que reina en mi vivienda, y acaso indignado por las aplicaciones abusivas que doy al animal, no todas especialmente agradables para él, a pesar —y no es paradoja en los animales domesticados con paciencia— de que su cariño y fidelidad van sin cesar en aumento. No contento con servirme de su calor, de su carne, de sus córneas brotaciones, de su horno natural, aún le hago empollar huevos, batir mantequilla, y hasta predecir la lluvia y cepillarme la ropa, y más de mil menudos menesteres que ahora me callo por cansancio. No se puede soñar mejor asilo para la vejez.

Sé que la muerte no está tan lejos de detenerme el corazón como cuando tenía veinte años, pero jamás me he sentido tan a mis anchas y tan eufórico como ahora, en que todas las vanidades del mundo y todos los sentimientos heroicos han huido de mí, dejándome en el seno de este alegre desengaño. Jamás como ahora he visto levantarse el día con tan risueña tranquilidad, burlandome del porvenir. Despertando, doy gracias por mi suerte,

viendo al animal, que es mi sustento, serpentear su cuello y sacar su fina cabeza por los barrotes de la ventana, saludando a la mañana con su entusiasta gorgorito, mientras los polluelos que le he hecho incubar —sus hijos adoptivos— animan el suelo con sus vellones amarillos. Gracias doy por mi fortuna, que me ha acordado un buen talento práctico y ha alejado de mí toda suerte de engañosas alucinaciones.

París, 1950